

**LA PANDILLA
PALOMERA
Y EL PUENTE
DE LA BAHÍA**

Manolo Arrontes

LA PANDILLA PALOMERA Y EL PUENTE DE LA BAHÍA

© Manolo Arrontes, 2017

manoloarrontes@lapandillapalomera.com

© Ilustraciones de Julia Tendero

Primera edición: enero de 2017

Derechos exclusivos de esta edición:

© iLUBUC, 2017

Vila i Vilà, 59

08004 Barcelona

www.ilubuc.com

ISBN: 978-84-946147-1-2

DEPÓSITO LEGAL: AS 4052-2016

Impresión y encuadernación:

Asturgraf

www.asturgraf.es

Todas las situaciones contenidas son invención del autor. Las coincidencias de nombres con personas reales es un mero ejercicio de caracterización de los personajes. En ningún caso las conductas y hechos de los personajes responden a situaciones reales pasadas o presentes.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización expresa de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita escanear o fotocopiar algún fragmento de esta novela. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com.

Presentación

Querido lector:

Si esta es la primera aventura de la pandilla Palomera que llega a tus manos, la presentación te servirá para hacerte una idea de cómo eran la vida y los juegos de los personajes. Si ya has leído otras aventuras de Minutos, Peseta, Toronto, Watussi, Catania y Pachi, sáltate estos párrafos y empieza la lectura por el primer capítulo.

Nos dicen que España en 1973 era un país gris, inculto y atrasado. Seguro que sí; cuando miro hacia atrás siento vértigo por lo mucho que hemos avanzado. No teníamos Internet ni videojuegos, el teléfono era solo fijo y para establecer una comunicación había que contactar con una telefonista («operadora», decían en las series de TV americanas). La televisión era en blanco y negro, con una o dos cadenas dependiendo de que vivieras en un pueblo o en una ciudad.

Las calles estaban sucias, había más pobreza y algo más de gente maleducada. Teníamos la obligación de ir a misa los domingos, jugábamos separados niños y niñas: ellas con muñecas y cocinitas, nosotros con soldaditos y juguetes bélicos. Los niños solíamos insultarnos y pelearnos.

Madres, padres y profesores recurrían a la violencia como apoyo a su labor educadora. Las madres eran diestras en el manejo de la zapatilla, ya fuera como arma corta para zurrarnos en el trasero o como objeto arrojadizo. Pero la verdad es que hacían poco daño. Eran peores los padres, que solo actuaban en situaciones excepcionales, cuando la falta cometida era realmente grave y la bofetada o el correazo hacían daño de verdad.

Los maestros y los curas eran, a efectos de violencia, como una madre y un padre a la vez: te pegaban con tanta facilidad y frecuencia como tu madre, pero te hacían mucho más daño del que tu padre pudiera ser capaz; eso sí, sus golpes se olvidaban en cuanto la clase o la catequesis tocaba a su fin.

Pese a todo ello, los niños, y no solo los de la pandilla Palomera, éramos felices porque teníamos la suerte de vivir en el mejor y más maravilloso de los lugares. En el inmenso reino que abarca desde los diez hasta los catorce años.

JUNIO

1. La travesía

Aunque el calendario se empeñe en decir que el 9 de junio todavía es primavera, para la pandilla Palomera ya era verano. Faltaban aún dos semanas para las vacaciones, pero ese sábado sus madres ya los habían vestido de verano: calzoncillo, pantalón, niqui y playeros. Solo cuatro prendas.

Watussi no se guiaba por el calendario para diferenciar las estaciones, esas fechas no le decían nada. No apreciaba ningún cambio entre el 20 y el 21 de junio, o entre el 21 y el 22 de diciembre.

«Al menos —pensaba— podrían haber hecho coincidir el inicio de las vacaciones de Semana Santa con el 21 de marzo, las de verano con el 21 de junio o la vuelta a clase con el 21 de septiembre».

Solo las vacaciones de Navidad coincidían en su inicio con el principio oficial de una estación. Por eso Watussi tenía su propio calendario; para él, el verano empezaba el primer día que salía a la calle sin calcetines. Y eso ocurría, año tras año, a finales de mayo o principios de junio.

Otros utilizaban como referencia el primer día que se bañaban en el mar, pero a Watussi no le servía. Unas veces porque jugando al fútbol el balón salía despe-

dido y caía al mar por la playa de la Escollera; otras porque después de una tarde de calor en el monte, trajinando junto a la Casa de la Leña, decidían darse un chapuzón en Villa Pececitos. En cualquier momento la pandilla Palomera podía tener una buena razón para meterse en el agua.

El caso es que ese sábado, Minutos, Peseta, Toronto, Watussi, Catania y Pachi vestían de verano, se sentían en verano y decidieron hacer lo que correspondía a una mañana de verano: ir a bañarse a la playa de la Escollera.

La marea estaba cerca de alcanzar la bajamar y, sin ser de las más vivas, había dejado al descubierto una franja de arena de casi veinte metros. Enfrente se veía muy cerca la playa del Puntal. Nunca hasta ese día nuestros amigos habían percibido tan estrecha la entrada a la bahía, tan fácil de alcanzar la playa que veían delante.

Para los chavales del pueblo de la pandilla Palomera la prueba de que alguien ya había perdido el miedo al agua era tirarse de cabeza desde la Machina, lanzarse a esas aguas azul oscuro en las que no se adivinaba el fondo. El siguiente paso, la demostración de que se era un buen nadador, consistía en nadar desde la Escollera hasta el Puntal. Ida y vuelta.

—¿Sabéis nadar?, pues vamos nadando hasta el Puntal —dijo Minutos, que era un año mayor y ya el verano anterior había cruzado dos veces.

Cuatro de ellos aprobaron el plan, estaban ansiosos por emular al jefe de la pandilla. El quinto, Watussi,

no lo secundó. Era un mal nadador que aún no había vencido totalmente el miedo al agua; a regañadientes había consentido lanzarse al mar desde la Machina. Y eso con la marea alta, cuando la caída era menor, y braceando como pudo en cuanto salió a flote para alcanzar la escalerilla.

—Yo no puedo, aún no he hecho la digestión.

—A Watussi no se le ocurrió una excusa mejor.

—Pero si ya hace dos horas que hemos salido de casa y el desayuno solo lleva hora y media de digestión —respondió Catania—. Lo que pasa es que no te atreves porque no sabes nadar.

—Sí sé nadar, pero es que hoy tengo tres horas de digestión porque mi madre ha hecho un desayuno-comida y así ya no tiene que cocinar hasta la cena.

—¡Ja, ja, ja...! —Todos rieron la ocurrencia de Watussi y nadie se creyó semejante trola.

—Pues entonces esperaremos hasta las dos y media, porque como hoy no tienes que ir a comer... —Catania nunca perdía la ocasión de burlarse de alguien cuando le encontraba un punto de debilidad.

Watussi se veía en una situación difícil; estaba claro que la pandilla Palomera no aceptaba la excusa de la digestión y, por otro lado, no se sentía capaz de nadar hasta el Puntal. Para colmo, Peseta, Toronto, Catania y Pachi habían secundado con entusiasmo la propuesta de Minutos. Si alguno de ellos la hubiese rechazado... pero hasta Pachi, que era un año menor, estaba dispuesto a ello. Fue Peseta quien le ofreció una salida digna, difícil de rechazar.

—Ya hace dos horas que has desayunado. Por mucho que comieras, la digestión tiene que estar a punto de acabar. Tú puedes nadar a tu ritmo, descansar haciéndote el muerto...

—Eso, eso, que haga el muerto y así se entrena para cuando se ahogue —interrumpió Catania, lo que provocó una carcajada general.

—¡Vale ya, Catania, no le metas miedo! —cortó Peseta en cuanto pudo contener la risa—. Pues eso, Watussi, que vayas a tu ritmo, yo iré a tu lado por si se te corta la digestión.

—Yo también iré a tu ritmo —dijo Toronto.

Después de Minutos, eran Peseta y Toronto los mejores nadadores. Watussi perdió parte de su miedo y, aunque con reservas, aceptó el desafío.

La primera parte de la travesía transcurrió sin contratiempos. Minutos y Catania nadaron a buen ritmo sin esperar a Watussi y a su escolta. Estos avanzaban despacio debido a la torpe brazada del escoltado y a que con frecuencia cambiaba de estilo o intentaba hacer el muerto para descansar. Pachi nadaba a una distancia intermedia entre ambos grupos.

Pasada la mitad del recorrido, una lengua de agua más fría entraba desde mar abierto y, pese a ser solo dos o tres grados inferior su temperatura, el frío hacía estremecer a los nadadores cuando la alcanzaban. Pachi se dio cuenta de que esto podría poner nervioso a Watussi y decidió esperarlo por si necesitaba ayuda.

No se equivocaba. En cuanto los otros alcanzaron el cambio de temperatura los nervios traicionaron a

Watussi y empezó a mover brazos y piernas de una forma aún más desacompasada de como venía haciéndolo. El resultado fue que perdió horizontalidad y, con ello, flotabilidad. Al ver que se hundía y que no avanzaba aumentó su nerviosismo, sus brazos se movían en un chapoteo desesperado por mantener la cabeza fuera del agua que solo le servía para hundirse más.

—¡Watussi, más despacio, respira con calma! —Peseta, Toronto y Pachi intentaban tranquilizarlo sin éxito; lo único que conseguían era llevarse algún manotazo.

Los segundos se hacían eternos y no se veía la solución, es muy difícil salvar a alguien que se hunde si no presta su colaboración.

En un intento desesperado, Toronto, cuando vio que la cabeza de su amigo desaparecía bajo el agua, tomó aire, se sumergió, se situó a la espalda de Watussi y estirando con fuerza los brazos lo empujó por la zona lumbar hacia arriba. Watussi apareció de nuevo en la superficie boca arriba, momento que aprovechó para tomar aire y tranquilizarse lo suficiente como para mantenerse a flote de espaldas. Cuando Toronto emergió, Pachi y Peseta nadaban a ambos lados de Watussi ayudándole a mantenerse. La situación estaba salvada.

En ese momento llegaron Minutos y Catania. En un improvisado consejo decidieron que lo mejor sería llegar hasta el Puntal; esa orilla se encontraba algo más cerca que la de la playa de la Escollera. Una vez allí convencerían a Getulio, el barquero, para que llevase a Watussi hasta el pueblo y ya le abonarían el billete

al día siguiente con la paga semanal. A lo que nadie estaba dispuesto era a intentar el regreso a nado con Watussi.

Llegaron al Puntal sin más contratiempos, Watussi nadando de espaldas con sus amigos empujándole hacia delante y hacia arriba cuando parecía que se hundía. En cuanto hicieron pie, Minutos, Peseta, Toronto, Catania y Pachi dieron la vuelta, no querían perder más tiempo y no necesitaban descansar. Watussi salió del agua, caminó por la orilla hasta el punto donde varaba la barca de Getulio para el embarque de pasajeros y esperó.

Eran cinco o seis personas las que hacían cola y se sorprendieron al ver a un chaval de once años en bañador.

—¿Qué pasa?, ¿que has venido nadando y no te atreves a volver? —le preguntó una mujer de no muy buenas maneras—. Pues la distancia es la misma que para venir, y como no tengas dinero para la barca de Getulio vas a tener que volver nadando o quedarte aquí a dormir.

Watussi no había contemplado la posibilidad de que Getulio no le aceptase como pasajero si no tenía dinero, algo que aquella mujer de enorme tamaño y modales groseros parecía dar por hecho. Pronto saldría de dudas, la barca ya había llegado y estaba echando a tierra la pasarela. Descendieron cuatro pasajeros y embarcaron los que esperaban.

—¡Getulio! —llamó Watussi sin atreverse a subir—. He tenido un corte de digestión y no puedo volver nadando, ¿me llevas y mañana te pago el billete?

—¡Dile que no! Si se le ha *cortao* la digestión que espere a que se le pase y vuelva nadando —intervino la misma mujer.

—¿De quién eres? —le preguntó Getulio—. ¡Y tú calla, Turróna! —añadió dirigiéndose a la mujer.

—De don César, profesor del Patronato Militar.

—Está bien, sube a bordo, pero como mañana no me pagues se lo digo a tu padre.

En realidad le hubiera permitido subir a bordo de cualquier manera. Getulio era un marinero viejo, un poco cascarrabias pero de gran corazón, que no dejaría a nadie en tierra, y menos a un niño de once años prácticamente desnudo.

La Turróna, como todo el pueblo apodaba a esa mujer metomentodo y deslenguada, se pasó la travesía quejándose de que unos pagaran y otros no y aprovechó para atacar a Getulio donde sabía que más le podía doler.

—A ver si hacen el puente de una *xxta* vez y pasamos andando o en coche al Puntal, que esto de la barca es un atraso.

Getulio disimulaba mal el gesto de rabia, fingía no oír, como si el ruido del motor fuese más fuerte que el vozarrón de la Turróna. De buena gana la habría arrojado al agua, pero él era el patrón de su propio barco y respondía por todo el pasaje.

Hacía ya unas semanas que el rumor de que iban a construir un puente sobre la bahía para unir el pueblo de la pandilla Palomera con el de enfrente corría por la zona. Casi todos estaban de acuerdo con el pro-

yecto: traería más turistas y se construirían torres de apartamentos para alojarlos, y bares, restaurantes, hoteles... Todos ganarían y el pueblo se convertiría en un gran centro turístico, como ya lo era el de enfrente.

Watussi era de esa misma opinión, creía que los cuatro tipos raros que se oponían alegando que el puente afearía la bahía y llenaría el pueblo de horribles rasca-cielos eran unos egoístas que no pensaban en el progreso de todos. Además, a él le parecía que los puentes adornaban mucho, no había más que ver en las películas lo chulos que eran el puente de Nueva York o el de San Francisco.

Pero eso no significaba que hubiese que molestar a Getulio con el asunto, como estaba haciendo la Turrona. Él sí que tenía motivos para estar en contra del puente: se quedaría sin el negocio que heredó de su padre y ya era un hombre mayor para empezar en otra cosa.

«En cualquier caso, seguro que el puente acaba con esta maldita costumbre de cruzar a nado hasta el Puntal », acabó por pensar Watussi.

La travesía con Getulio apenas duraba cinco minutos, contando las maniobras. Watussi vio mientras desembarcaba cómo sus amigos ya nadaban cerca de la Escollera. También vio a un desconocido con bigote que mantenía en posición vertical una regla roja y blanca de unos cuatro metros de alto mientras otro le enfocaba con una especie de catalejo fijado a un trípode. Eran topógrafos que trabajaban tomando medidas cerca de la barca.

—¡Mira! —exclamó la Turróna—. Están midiendo porque ya van a empezar las obras del puente.

Al oírla, la cara de Getulio se torció en un gesto de dolor. Fue como si le hubieran clavado un puñal.

2. Una oferta a Getulio

Los domingos, Peseta se levantaba más tarde que entre semana, pero no tanto como lo hacían sus amigos. Ellos aparecían por el chalet de las tejas de colores, la casa de Catania y su habitual punto de reunión, pasadas las once. Hasta esa hora, si hacía buen tiempo, como era el caso, a Peseta le gustaba dar una vuelta por el Pasaje.

Él era de los pocos en el pueblo, y el único de la pandilla Palomera, que estaba en contra del puente de la bahía. Desde la Escollera veía los altos edificios del pueblo de enfrente y no entendía el interés de la gente del suyo por un puente que uniera las dos orillas de la bahía y trajera hasta este lado torres de apartamentos, hoteles, restaurantes... Dinero. ¿Para qué? Era un chaval al que no le gustaba gastar, siempre guardaba al menos una peseta de la paga semanal y a eso debía su apodo; pero eso no significaba que le gustase el dinero. Era feliz así, con su familia de seis hermanos, sus amigos, la tranquilidad de la bahía los domingos por la mañana.

No quería el puente, porque aunque sirviera para tener más dinero no iba a traer más familia, ni más amigos, ni más tranquilidad a la bahía.

Caminó bordeando la Escollera hasta el fuerte de San Martín. A las once dio la vuelta; en breve sus amigos comenzarían a aparecer por el chalet de las tejas de colores. Estaba llegando al punto de reunión cuando vio que Getulio aprestaba la barca para la jornada. Eso le recordó la travesía a nado de la víspera y que Watussi había contraído una deuda con el barquero que hoy tocaba saldar.

A Peseta no le gustaban nada las deudas, jamás las había contraído. Tampoco le gustaba que las contrajeran sus amigos, ya fuera con él mismo o con otros. Sin embargo, lo de ayer había sido un caso de necesidad que no admitía discusión, porque nadie lleva dinero en el bañador.

Decidió pasar por casa de Watussi antes que por el chalet de las tejas de colores, asegurarse de que su amigo había cobrado la paga semanal y acompañarlo a cumplir con Getulio.

Watussi ya salía de su casa y se encontró con Peseta a la puerta del jardín.

—Hola. ¿Te han dado la propina? Tienes que pagar a Getulio —le abordó Peseta sin rodeos.

—Claro que me la han dado, como todos los domingos —respondió Watussi, a quien no extrañaba que su amigo le fuera a buscar, pero sí le molestaba que pusiera en duda su disposición a pagar a Getulio. Era inimaginable que no cumpliera con su obligación por dos razones, ambas de peso y de igual importancia: una, que había adquirido el compromiso; otra, la amenaza de Getulio de contárselo a César, su padre, si no pagaba.

—Pues vamos, que aún no ha empezado con los viajes; si no te llega el dinero yo te dejo lo que falte.

Anduvieron los veinte metros que separaban la casa de Watussi de la Escollera. La barca estaba en la orilla, sin llegar a vararse en la arena, con la pasarela echada a tierra por la amura de babor y, aunque faltaba casi media hora para la primera travesía, ya había, además de Getulio, dos personas a bordo. Eran Suco el de Tomasa y Luciano Santillana, dos hombres de negocios locales impulsores del proyecto del puente sobre la bahía. Estaban los tres a proa y más que hablar discutían. Peseta y Watussi se detuvieron a los pies de la pasarela. Las normas de educación dictaban que bajo ningún concepto se podía interrumpir a los mayores cuando estaban hablando y si, como parecía, estaban enfadados, con más razón.

—Mira, Getulio —decía Suco el de Tomasa—, no queremos que nadie salga perdiendo con el puente, y menos tú, un buen hombre del pueblo de toda la vida.

—Pues entonces dejaos de estropear el pueblo echando cemento a la bahía.

—No seas tozudo. —Ahora era Luciano Santillana el que intervenía—. ¿De qué te va a servir la barca cuando la gente pase andando o en coche al pueblo de enfrente? Nuestra oferta es buena, nadie te ofrecerá algo tan interesante.

—Todo lo buena que queráis, todo lo interesante que os parezca, pero a mí no me gusta.

—A ver, Getulio, te lo cuento otra vez. —Luciano Santillana intentaba parecer amable, pero la forzada

sonrisa le daba a sus palabras un aire de falsedad—. Tú nos cedes la barca en propiedad y ya mismo te contratamos como patrón, pagándote bien. Así, cuando empiecen las obras del puente, harás el servicio de apoyo a las gabarras y a los gánguiles. Durante el tiempo que dure la obra ganarás más dinero del que puedas ganar en veinte veranos llevando gente a bañarse al Puntal.

—¿No te das cuenta, Getulio —Suco no se esforzaba en parecer amable y su tono era más duro que el de Luciano—, de que si no aceptas contrataremos otra barca con su patrón y tú te quedarás sin el trabajo en las obras del puente y sin los turistas? Porque en cuanto se inaugure el puente se acabó lo de pasar en barca al Puntal.

—Siempre habrá alguien que prefiera hacer el trayecto en barca, con que sea uno al año me conformo.

—Getulio, no me hagas reír, no sabes lo que estás diciendo, ¿no ves que no te va a dar el negocio ni para pagar el gasoil?

—¡Pues los llevaré a remo, como hacía mi padre!

—¡Vámonos, Suco, este hombre es un cabezota! —concluyó Luciano Santillana sin intentar ya parecer amable—. Te creía una persona inteligente —añadió dirigiéndose a Getulio.

Cuando bajaban por la pasarela, Suco se despidió de Getulio con una advertencia amenazadora.

—No te creas eso de que es mejor ser cabeza de ratón que cola de león, porque los ratones viven a rastras y mueren pisoteados.

—¡Ni ratón ni león, a mí no me comparéis con animales de tierra, soy hombre de mar! —respondió Getulio.

Los dos hombres se marcharon, pasaron rozando a los dos chavales que permanecían junto a la pasarela sin reparar en ellos.

—Creo que es mejor venir más tarde, Getulio parece muy enfadado —dijo Watussi a su amigo.

—Eso no es cosa nuestra, vamos a bordo, hay que pagar lo que dejaste a deber.

Watussi delante y Peseta detrás, como si quisiera cortarles el paso en una hipotética huida, subieron por la pasarela. Cuando se encontraron a bordo vieron a Getulio sentado en la bancada de proa. Sin duda pensaba en la conversación mantenida con los dos hombres y no reparó en ellos.

—Getulio, viene a pagarte el viaje de ayer —dijo Peseta señalando a Watussi.

El barquero los miró extrañado, parecía no entender lo que decía Peseta.

—Sí, ayer me trajiste del Puntal porque no podía volver nadando y me dijiste que si no te pagaba se lo contarías a mi padre —le recordó Watussi.

Getulio sonrió.

—¿Te dije eso? Pues mal dicho, porque un hombre que llega a nado a una playa y no puede escapar es como un naufrago, y a los naufragos se los rescata sin cobrar. Guardad el dinero y gastadlo en pasarlo bien.

—¡Gracias! —exclamó Watussi, quien ya se veía pasando el domingo sin paga. Los dos amigos corrieron

hasta el chalet de las tejas de colores donde ya esperaban Minutos, Toronto, Catania y Pachi.

La soleada mañana de domingo se había echado a perder en apenas diez minutos. Un viento súbito del noroeste cubrió el pueblo con unas nubes pesadas y grises que amenazaban con descargar. Era lo normal en junio: comenzar el día con planes de playa y que de repente el cielo se pusiera gris y la lluvia devolviera a la pandilla Palomera a los hábitos del invierno.

Se encontraban sentados en el borde de la acera, tratando de improvisar un plan antes de que cayesen las primeras gotas. Toronto miraba el Citroën GS aparcado a escasos metros del chalet. Era la novedad del año, un coche que llamaba la atención por su maravillosa suspensión. A Toronto le entusiasmaban los coches y aquellos días admiraba al padre de Catania porque había comprado uno de los primeros GS en salir al mercado. Ansiaba sentarse en el lugar del conductor, acariciar el volante, la palanca de cambios, tocar sus mandos, botar en el asiento para notar cómo respondían los amortiguadores.

—Catania, déjame que me suba al coche de tu padre —dijo Toronto señalando el Citroën azul aparcado frente a ellos.

—No, que es nuevo y mi padre se enfada.

—¡Va!, que no se va a dar cuenta, que no rompo nada, te lo prometo.

—¡Que no!, que luego el que se lleva la bronca soy yo. —Catania no cedía.

—Solo entrar y sentarme, que ni siquiera toco la bocina...

Que si esto, que si aquello, que si por favor, que ni hablar... Así estuvieron durante unos minutos hasta que por fin Catania cedió.

—Bueno..., pero solo un momento; además, no sé si estará abierto... —Nadie se percató de que Catania, mientras accedía a la petición, sonreía con malicia.

Toronto se lanzó corriendo hacia el coche, asió la manilla, la puerta del conductor se abrió y de un salto se sentó a los mandos de aquel novedoso Citroën que era la envidia de medio pueblo. Agarró el volante con las dos manos y comenzó a dar botes con todas sus ganas. Desde fuera los cinco chavales veían cómo el coche respondía a los botes subiendo y bajando suavemente, sin hacer el menor ruido. Les extrañó que Catania comenzara a reír como solía hacer cuando gastaba una broma pesada. Más extraño aún les resultó que un desconocido apareciera en el asiento trasero del que se suponía que era el coche de Nacho, el padre de Catania.

—¡Sinvergüenza, ladrón! —gritaba el desconocido a la vez que salía de la parte de atrás del coche, abría la puerta del conductor y sacaba a Toronto tirándole de una oreja.

La risa de Catania se contagió a los demás al ver la cara de sorpresa y dolor de Toronto, a quien todavía tenía cogido por una oreja el hombre que había aparecido inesperadamente en el coche. Este seguía profiriendo insultos y palabrotas y se dirigió al resto de la pandilla Palomera:

—¡A ver, chavales, que vaya uno al cuartel de la Guardia Civil para avisar que vengán a detener a este delincuente! ¡Y no *vos* riais, que tengo mala puta!

El hombre, al ver cómo se reían los chavales, ahora de él, se sintió ridículo, soltó a Toronto con un empujón y se quedó solo murmurando mientras nuestros amigos se iban corriendo, ahogados de la risa y repitiendo:

—¡No *vos* riais, que tengo mala puta!

Catania era el rey de las bromas, las malas pasadas y las tomaduras de pelo. Cuando adivinaba la posibilidad de jugársela a alguien no la desperdiciaba, y aquella mañana la casualidad le brindó una magnífica oportunidad.

Tras desayunar, Nacho, el padre de Catania, salió a pasear con su recién estrenado Citroën GS. Al despedirse, padre e hijo se sorprendieron de que, justo al lado, otro GS del mismo color permanecía estacionado con un señor, que debía de ser su dueño, durmiendo en el asiento de atrás. Catania no le dio más importancia hasta que a Toronto se le antojó sentarse a probar la suspensión del nuevo Citroën. Solo tuvo que seguirle la corriente y él mismo, sin que nadie se lo mandara, se metió a dar saltos en el coche de un desconocido. Hasta el propio Toronto, en cuanto se le pasó el susto (el dolor de oreja le duró todo el día) celebró lo bien que Catania había sabido aprovechar la casualidad.

En cuanto el desconocido arrancó su coche y desapareció, los seis amigos volvieron a sentarse junto al

chalet de las tejas de colores. Nadie conocía a aquel personaje que amenazaba «¡No vos riais que tengo mala puta!», excepto Watussi, que lo identificó como el hombre que el día anterior sostenía la regla roja y blanca con la que tomaban medidas para el puente. Lo reconoció por el bigote, negro, estrecho y largo. Les dijo a sus amigos quién era y qué hacía aquel hombre, lo que sirvió para olvidar la escena de Toronto en el Citroën GS y que la conversación derivara hacia el puente de la bahía.

Catania contó que su padre, que era consignatario de buques, había dicho que la cofradía de pescadores, una vez que se había garantizado que el puente tendría altura suficiente para que pasaran por debajo los pesqueros —incluso con la pleamar—, también estaba a favor.

—Pues todavía más feo —intervino Peseta—, cuanto más alto sea más estropeará el paisaje.

Nadie estuvo de acuerdo con su observación. Al contrario, Minutos, Toronto, Catania y Pachi le apabullaron con los argumentos habituales: traería turismo, progreso, dinero y, al ser un puente moderno, adornaría el Pasaje. Watussi, que solía ser el más entusiasta defendiendo lo bonito que iba a quedar, en esta ocasión no dijo nada. Su mente estaba en la escena presenciada, una hora antes, en la barca de Getulio.

No le caían bien Suco el de Tomasa ni Luciano Santillana; eran engréidos, siempre tenían algo de lo que presumir y les gustaba llamar la atención. Por otra par-

te, Getulio no es que fuera muy simpático, se enfurecía y los reñía cuando se bañaban cerca de la barca, pero hoy, además de perdonarle una deuda, se había mantenido firme ante las amenazas. «Soy hombre de mar», había dicho. Watussi vio claro de qué lado había que estar en esa disputa.

—Yo tampoco quiero que lo hagan. Getulio va a salir perdiendo —respondió Watussi cuando sus amigos le animaron a que argumentase lo bonitos que eran los puentes de Nueva York y San Francisco.

La alegría de Peseta al descubrir que contaba con un aliado contrastaba con las expresiones de enfado y sorpresa de los otros miembros de la pandilla. Watussi había cambiado de bando en una cuestión de suma importancia. Ya no era solo la opinión discordante de Peseta, ahora un tercio de la pandilla Palomera estaba en contra del puente de la bahía.

Próximamente, dos nuevas aventuras de la pandilla Palomera

**LA PANDILLA
PALOMERA
Y OCHOCIENTOS
ESCALONES**

**LA PANDILLA
PALOMERA
Y LAS BARRACAS
DE FERIA**

www.lapandillapalomera.com